

## Tres poemas de Joseph Stroud\*

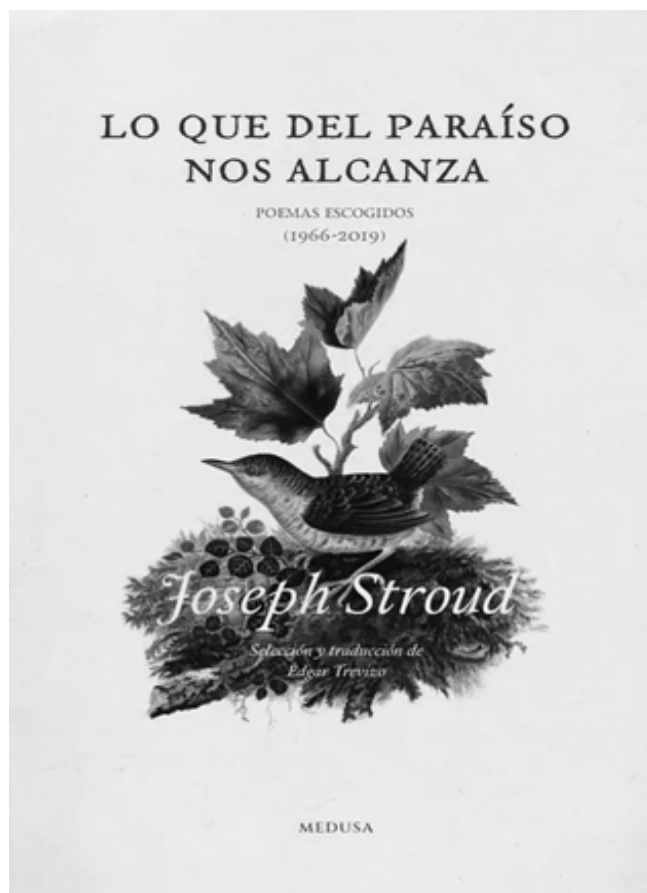
■ ■ Edgar Trevizo\*\*

### NO ESTABA PREPARADO PARA LA MUERTE DE MI PADRE

En las planicies de la Mancha encontré a Don Quijote. Quería decirle que estaba huyendo de la muerte de mi padre. En el tren a Toledo, a la luz de El Greco, en la lluvia cayendo sobre el Tajo, en los olivos, la catedral, había estado huyendo. Y finalmente en Cervantes: Me uniría a Sancho, también serviría al caballero y cabalgaría hacia Montiel. *Alguien por favor. Cierren el libro. Déjenme allí.*

### ABRIGO DE VARIOS COLORES

La muerte cose los botones, el abrigo está ya casi listo. Pronto me pondré esta bata de fuego, me enredaré en el sol y todas las palabras se encenderán y se esparcirán en cenizas cuando me desarme, cuando no sea nadie.



\* Poeta estadounidense. Nació en Glendale, California. Actualmente jubilado de la docencia. Ha publicado cinco volúmenes de poesía, de los cuales les compartimos una muestra. En sus poemas conviven lugares, tiempo y voces que nos ofrece la vida cotidiana. Los poemas aquí seleccionados pertenecen al libro *Lo que del paraíso nos alcanza*, publicado por Medusa Editores en 2025.

\*\* Traducción. Es un destacado traductor y promotor cultural chihuahuense, compilador de varias antologías de poesía. Actualmente es director de Medusa Editores. En 2004 obtuvo el Premio Chihuahua de Literatura. Agradecemos su anuencia para publicar en estas páginas tres poemas de Joseph Stroud traducidos por él.

## BAILANDO CON MACHADO

*¡Campo de Baeza, soñé contigo  
cuando te vea!*

*La primavera ha venido  
¡nadie sabe cómo ha sido!*

¿Qué sabía yo? Baeza era solo  
un pueblito de Andalucía en el que decidí  
detenerme. Porque estaba cansado del camino, de  
los trenes

y de vagar. Recuerdo el río,  
los huertos de olivos y la distante  
Sierra de Cazorla. Recuerdo la luz  
sobre aquellas montañas. No sabía  
qué hacer con la ausencia  
del amor. Cada día caminaba por  
la plaza y las calles, y luego  
hacia los campos. Una mañana pasé  
por una casa con una pequeña placa en la puerta:  
*¡Campos de Baeza, soñaré contigo  
cuando no te vea!*

—Antonio Machado, 1915  
Esta era la casa de Machado. Aquí  
fue a donde el poeta vino a vivir  
tras la muerte de su mujer; aquí es donde  
escribió sus poemas sobre la pérdida: *Señor,  
me arrancaste lo que yo más quería.*  
Estos fueron los campos por los que caminó,  
—*a solas con mi sombra y con mi pena*—,  
donde yo caminé, también solo,  
con mi sombra y mi pena,

donde no tenía que hablar.

¿De qué me servía mi pobre español,  
qué tenía que decir? Un día  
en mi caminata por el pueblo  
pasé por un salón y escuché aplausos,  
guitarras, un alto *staccato*, el sonido  
de tacones contra el tablado.  
A través de la puerta vi a una multitud  
y una mujer al centro bailando  
flamenco: un brazo alzado, curvo,  
deslizándose como una serpiente; el otro  
tomando su falda  
y en su rostro una mirada fiera —orgullo  
o desdén—, sus tacones atacando la plataforma  
como si intentara machucar la pena, lo perdido, los  
recuerdos.

La multitud, los rostros, las guitarras,  
Nada eran para ella, bailaba en algún lugar  
dentro de sí, haciendo, a todos,  
estallar en llamas. Y cuando todo terminó,  
cuando finalmente me alejé, me llevé esa danza  
conmigo, me la llevé hasta la casa de Machado,  
llamé al viejo poeta, lo invité  
a que se me uniera, me lo llevé a los campos,  
a través de los huertos,  
hacia el río. Machado bailó  
el color de la luz en las montañas  
—yo bailé la plata de las hojas— juntos  
bailamos la luz del sol por sobre el río,  
solo nosotros dos, dos hombres  
bailando a solas en los resplandecientes campos de  
Baeza.